

---

## POSGRADOS

**SESION DE CLAUSURA CURSO 2017/2018**  
**15 de junio de 2018**

# Saludo

Queridos: autoridades académicas, profesores, compañeros, alumnos... con pocas palabras os saludo, porque no hay rito –de clausura este- sin palabra “ad hoc”. ¿Qué sería de un rito –de iniciación, de transición, sagrado o profano, de cierre... -como este- sin palabra?

Pronunciaré la palabra PALABRA 65 veces con 21 refranes o sentencias. Las primeras en verso, tomadas de un poema/himno de Mario Benedetti y las últimas, refaccionadas de algún poema robado más allá...

Dice Benedetti:

La palabra pregunta y se contesta,  
tiene alas y se mete en los túneles,  
se desprende de la boca que habla  
y se desliza en la oreja hasta el tímpano.

La palabra es tan libre que da pánico,  
divulga los secretos sin aviso  
e inventa la oración de los ateos;  
es el poder y no es el poder del alma  
y el hueso de los himnos que hacen patria.

La palabra es un callejón de suertes  
y el registro de ausencias no queridas,  
puede sobrevivir al horizonte  
y al que la armó cuando era pensamiento,  
puede ser como un perro o como un niño  
y embadurnar de rojo la memoria;  
puede salir de caza en silencio  
y regresar con el moral vacío.

La palabra es correo del amor,  
pero también es arrabal del odio;  
golpea en las ventanas si diluvia  
y el corazón le abre los postigos.

Y ya que la palabra besa y muerde  
mejor la devolvemos al futuro.

Esto es: quisiera con pocas palabras, porque “quien mucho habla, mucho yerra”, saludaros y felicitaros con ocasión de esta sesión de clausura del año académico. Seguro que no “deseáis con ansias la leche pura de la palabra, como niños recién nacidos”, como dice el autor bíblico (1 Pedro

2:2), pero sí alguna palabra que dé cuenta de reconocimiento, agradecimiento, despedida o “hasta luego”.

Como “cada uno habla como quien es” –dice el refrán- yo deseo invocar el poder que tendrán algunas palabras concretas, tras este año o años de vida académica. ¡Cómo no invocar la palabra escucha, o empatía, o confrontación, o personalización...! U otras palabras como duelo, culpa, tareas, recuerdo, perdón. “Algunas de estas palabras... no se las llevará el viento”. Como tampoco se llevará el viento otras palabras –que también lo son- como: Filu, Marisa, Feli, Rosa y otro puñado de palabras que son también nombres personales que evocan ya un poco de historia común y complicidad en el desarrollo personal y académico. Va para ellas y ellos una de mis palabras más usadas: ¡gracias!

Aunque “el poco hablar es oro, y el mucho es lodo”, -dice también el refrán- brindo por la relación que nos ha unido durante estos meses y quiero reforzar la convicción de que las palabras con las que hemos construido nuestro vínculo, tienen mucho poder: destruyen o edifican, hieren o curan, maldicen o bendicen. ¡Cuántas veces una palabra fuera de lugar es capaz de arruinar algo por lo que hemos luchado, cuántas veces una palabra de aliento tiene el poder de regenerarnos y darnos paz!

Puesto que “Más vale una palabra a tiempo que cien a destiempo” –dice el otro refrán-, es momento adecuado para que yo os agradezca la confianza depositada en este Centro y en quienes estamos aquí trabajando por construir una cultura humanizadora en torno al sufrimiento, pronunciando palabras, masticando algunas de ellas, supervisando su uso para promover hablar con integridad y eficacia.

Es hermoso pensar que también nosotros podríamos decir como Aquél: “El que oye estas palabras –las de estos meses de másters- y las pone en práctica es como un hombre prudente que construyó su casa sobre la roca” (Mt 7:24). ¡Ojalá sea la roca más noble de los valores interiorizados, y no solo de los sentimientos identificados y –en el mejor de los casos- validados y comprendidos!

Ciertamente, la palabra es una realidad viva y poderosa, y más cortante que cualquier espada de dos filos. Puede penetrar hasta lo más profundo del alma y del espíritu, hasta la médula de los huesos, y juzgar los pensamientos y las intenciones del corazón. (Heb 4,2). Con la palabra se puede enseñar, reprender, corregir... para hacer buenas obras ( 2 Tim 4, 16-17). Pero también se puede traicionar con la palabra, chismorrear con la palabra, humillar con la palabra, dividir con la palabra...

Para que la palabra dé fruto, no hay que contentarse solo con purificar la motivación de quien la usa, pronunciarla en el momento adecuado, dar con la más oportuna para aliviar, engrasar, confrontar... sino también hay que escucharla, acariciarla con respeto. A la palabra hay que acogerla con disposición a dejar que se haga fecunda. (St 1,22)

Aunque se la puede llevar el viento (tan poco pesa), también puede quedarse fija y anclada dando luz y entendimiento al sencillo, y siendo veneno para el susceptible o rencoroso. ¡Cuánto daño puede hacer el recuerdo de la palabra! ¡Cuánto bien puede producir su evocación saludable! ¡Cuántas heridas puede curar cuando es fármaco nacido de la fábrica del silencio!

En este tiempo académico, de nuestra parte se han sembrado con humildad, muchas palabras en terrenos donde había algún tipo de hambre. La palabra ha vivido entre nosotros. Algunas palabras especialmente... Se han sentido cómodas como en una bañera, atemorizadas como en una “cámara de gas”, juguetonas cambiándose de prefijos ante el *pathos*, misteriosas o disfrazadas como juegan los sentimientos secundarios, veladas como le gusta andar a la culpa tan poco amada y tan reprochada... Algunas palabras, querían ser lemas en torno al corazón... otras espejos que envuelven y devuelven significados densos y en paquetes a veces envueltos con papel de celofán, otras con texturas espinosas... Algunas palabras han osado proclamarse dibujantes de modelos de intervención en duelo o en gestión. No han faltado palabras que dicen que esperan ser conjugadas en varias personas, como discernir y ponderar para decidir e iniciar nuevos rumbos por los escenarios deseados...

Ahora... estas palabras... tendrán que resplandecer con sus frutos en nuestro corazón.

Si alguna palabra fue mal dicha, ya se sabe: “No hay palabra mal dicha si no fuese mal entendida”, o bien: “A palabras necias, oídos sordos”. Así es que “hablando se entiende la gente”, y “a buen entendedor, pocas palabras le bastan”.

Como “por la boca muere el pez”, y “en boca cerrada no entran moscas”, sean nuestras palabras sencillas y no dejemos que sea verdad aquello de que “una imprudente palabra, nuestra ruina a veces labra” ni sean tan superficiales que vaya a ser verdad que “palabras vanas, ruido de campanas”.

También San Camilo se refirió en sus escritos al uso de la palabra. Escribió normas para el cuidado a los enfermos y esta es una: *“Cada uno se guardará, con toda la diligencia posible, de maltratar a los pobres enfermos, a saber: con palabras groseras u otras actitudes semejantes, sino que los tratará más bien con mansedumbre y caridad”*. Y en otro lugar: *“los confortará con palabras amables y caritativas, atento a no alzar demasiado la voz”*. A la hora de pedir ayuda, San Camilo dice también cómo proceder: *“hágalo con toda sencillez, sin multiplicar las palabras, y debe dar las gracias tanto si se la dan como si se la niegan”*. En una carta a su sobrino, en 1608, le dirá: *“Guarda mis palabras: sacarás fruto de ellas”*. Y en otro momento: *“Escucha mis palabras y no las tengas en poca cosa”*.

¡Qué poder, por otro lado, aquellas palabras de Jesús a los excluidos y enfermos! Eran terapia, salud en sus labios. Baste pensar en aquel paralítico al que, tras justificar su pasividad y los beneficios secundarios obtenidos por estar tumbado en una camilla (Jn 5,6), el terapeuta humanizador por excelencia de la historia de la humanidad, le lanzó estas palabras: *“¿Quieres curarte?”* Suficientes palabras para motivar los recursos internos hacia la sanación, hacia la integración de la propia vulnerabilidad, la superación del victimismo y la integración responsable en la sociedad.

Espero y confío sinceramente que “nuestras palabras sean lámpara a nuestros pies, luces en nuestros senderos” (Sal 119:105) y en los de aquellos a quienes acompañamos.

Termino renovando mi felicitación con estas palabras que he intentado atar y entrelazar torpemente en verso, que, aun siendo pocas y medio robadas, quieren estar cargadas de corazón.

No me gaste las palabras,  
no cambie el significado,  
mire que lo que yo quiero  
lo tengo bastante claro.

Si usted habla de counselling  
nada más que por hablar,  
mire que todos sabemos  
que escuchar no es confrontar.

Si está en contra del dolor  
pero no del sufrimiento,  
si comprende cómo va el duelo  
el proceso iremos haciendo.

Si usted pide humanización  
solo para su corral,  
mire que el pueblo conoce  
lo que hay que garantizar.

No me gaste las palabras,  
no cambie el significado,  
mire que lo que yo quiero  
lo tengo bastante claro.

Si habla de escucha  
y no acostumbra a callar,  
mire que hay para ese vicio  
una cura radical.

Si escribe humanizar  
pero solo en el papel,  
mire que si el alumno reclama  
la tierra viene con él.

No me gaste las palabras,  
no cambie el significado,  
mire que lo que yo quiero  
lo tengo bastante claro.

No me ensucie las palabras,  
no les quite su sabor,  
y límpiense bien la boca  
si dice humanización.

No me gaste las palabras,  
no cambie el significado,  
ponga en las manos corazón:  
que lo tengo bastante claro.

José Carlos Bermejo

*Director del Centro*